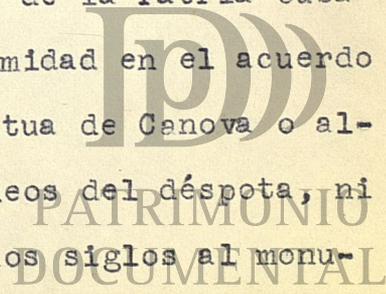


LA EXPULSION DE FERNANDO VII

Por Herminio Portell Vilá.

La Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros acaba de dictar sentencia contra un "Rey Felón", tatarabuelo más o menos directo del actual aspirante al trono de España, y lo ha condenado a ser expulsado en efigie del lugar en que se encuentra y al que lo infama, no sólo con su recuerdo, sino con el de todo lo que él representó en vida.

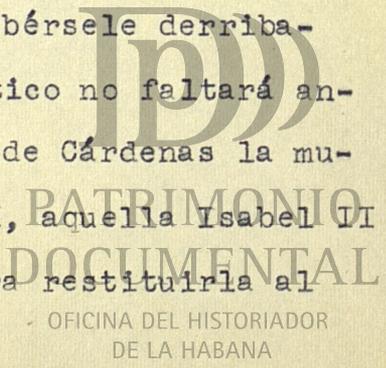
Se trata de Fernando VII, cuya estatua al centro de la antigua Plaza de Armas o de Céspedes, frente a la Casa Consistorial, es un monumento a un sátrapa execrable, que no tiene título alguno a ser honrado por la posteridad, sino a ser considerado como un monstruo. Por dos votos de mayoría, después de cuarenta años de República, y en los momentos en que todo el tenebroso pasado que encarnó en Fernando VII de nuevo se alza personificado en Franco y en la propuesta restauración borbónica en España, es que la Comisión de Monumentos, ha acordado retirar de frente al Palacio Municipal la representación de aquel personaje innoble para que allí se erija, como símbolo del liberalismo, de la democracia y de la virtud republicana combatidos por Fernando VII, la estatua de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria cubana. En realidad, había derecho a esperar unanimidad en el acuerdo de la Comisión, ya que no se trata de una estatua de Canova o algún otro de los grandes escultores contemporáneos del déspota, ni tampoco se puede alegar una antigüedad de varios siglos al monu-



mento, y mucho menos se puede pretender históricamente, que el traidor de Bayona fuese mal rey para los españoles y hubiese resultado bueno para los cubanos en alguna ocasión. No hay, pues, razones artísticas, tradicionales, históricas o políticas, de suficiente peso, que justifiquen el que esta ciudad de La Habana, capital de la República que más sufrió como colonia bajo el despotismo español que Fernando VII tipificó tan bien, mantenga en la Plaza de Armas la figura en mármol de quien fué objeto de abominación universal, mal hijo, mal marido, mal español, mal aliado, mal cristiano... y mal hombre.

La continuación de la efigie de Fernando VII en una plaza pública de la capital de la nación es un insulto a la memoria de aquellos grandes cubanos que, como José María Heredia, el Padre Varela, José Antonio Saco, Tomás Gener, Gaspar Betancourt Cisneros, José Aniceto Iznaga y tantos otros, sufrieron los horrores del despotismo fernandino.

Varela, el sacerdote virtuoso, el patriota immaculado, el maestro ejemplar, el "que nos enseñó a pensar" según frase inolvidable, votó como diputado cubano la destitución de Fernando VII, en las Cortes de 1823, y no tiene monumento digno de sus grandeza entre nosotros; pero Fernando VII, el Rey Felón, perseguidor suyo y de todo lo que fuese liberalismo, itodavía tiene en Cuba una estatua y hay tales y cuales especiosos pretextos para mantenerla en un pedestal del que hace tiempo que debió habersele derribado...! Con ese enfermizo tradicionalismo artístico no faltará antes de mucho quien pida que se saque del Museo de Cárdenas la mutilada estatua de la digna hija de Fernando VII, aquella Isabel VI a quien llamaron la "Reina Castiza y Cañí", para restituirla al



centro de la plaza pública, donde estuvo hasta que una revolución triunfante DURANTE LA DOMINACION ESPAÑOLA, la arrastró por las calles y la mutiló para finalmente depositarla en la Casa de las Recogidas, con una obvia implicación penalizadora de sus excesos.

En toda esta cuestión, en apariencia tan sencilla, de retirar la estatua de Fernando VII de su pedestal y sustituirla por la del Padre de la Patria cubana, entran en juego muchos y muy hondos problemas a los que hay que hacer frente y cuya solución resulta inaplazable; pero el principal se plantea en los siguientes términos: Fernando VII fué la intolerancia política y religiosa y encarnó la oposición al progreso y al liberalismo, la persecución a la cultura y el triunfo de la ignorancia obscurantista, así como también representó el espíritu absolutista y reaccionario de la llamada Santa Alianza, llevado a sus peores extremos. Mientras nosotros consevemos su estatua en la antigua Plaza de Armas, no hemos hecho tabla rasa con ese pasado de ignominia que es incompatible con Cuba Libre. Más aún, si la retirada de la estatua de Fernando VII va seguida de la colocación del monumento que Cuba debe a Carlos Manuel de Céspedes, estaremos marcando el cambio definitivo entre dos épocas de la historia de Cuba: la de la sumisión al coloniaje y la de la afirmación de la soberanía nacional y de la independencia, iniciada por Céspedes en La Demajagua, en 1868 y que es la que nos ha dado la República y con ella un régimen de ilustración en el que disfrutamos de libertades todos... ¡hasta los artistas que no tienen que reducir sus criterios, a patrones oficiales y que no debieran olvidar que Goya no pudo vivir sus últimos años en España y fué a morir a Burdeos,

precisamente por los horrores de la restauración fernandina.

Para España la memoria de Fernando VII es todo un pasado de horror e ignominia. Esos falangistas que desconocen la historia de su país o que tratan de desvirtuarla y se atreven a decir que la decadencia de España llegó con el liberalismo, debieran, tener en cuenta que nunca fué mas humillada y maltratada la antigua metrópoli que con el absolutismo de Fernando VII y que los únicos chispazos de regeneración nacional que tienen lugar en vida de ese monarca son, precisamente, los dos momentos constitucionales que aplastó con ferocidad inolvidable el "Rey Felón" y en que España se asomó al liberalismo. Fernando quien, como Príncipe de Asturias, fué conspirador contra su padre, Carlos IV, forzó la abdicación de éste para entregarse con toda su familia, entregando, de paso, a su pueblo, a Napoleón Bonaparte. La invasión de España por Bonaparte tuvo la aprobación y el aplauso de Fernando VII, convertido en medrosa mujerzuela que renunció al trono en favor del invasor y a cambio de una pensión. El Gran Corso, al contemplar en Bayona la "reunión de familia" entre Carlos IV, Fernando VII, la reina María Luisa y el antiguo amante de ésta, y primer Ministro, el Príncipe de la Paz, en que menudearon los bastonazos, las bofetadas y las palabrotas más soeces, no pudo menos de comentar: "¡Qué familia! Y pensar que de todos ellos el que tiene mejores maneras y más inteligencia es Godoy, el antiguo caballericero convertido en príncipe!".

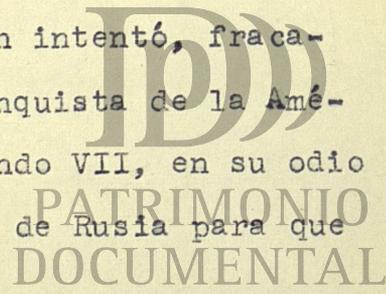
Fernando VII, disfrutando del llamado cautiverio, pasó varios años enamorando a la esposa de Talleyrand y haciendo encaje, labor en la que llegó a distinguirse, al mismo tiempo que reprochaba a los españoles por la guerra de independencia contra el inva-

sor y felicitaba a Napoleón, al rey José Bonaparte y a sus mariscales, por las victorias obtenidas ¡CONTRA LOS ESPAÑOLES QUE LE DEFENDIAN LA CORONA QUE EL HABIA ARROJADO!

Cuando volvió al trono que el heroísmo de su pueblo y las victorias de los aliados le restituyeron fué para suprimir la Constitución, perseguir a los patriotas y lanzarlos al cadalso, a la cárcel o al destierro, restablecer la Inquisición e imponer la reacción más brutal. "El Deseado", le habían llamado sus esbirros; pero su espíritu de destrucción de libertades y de virtudes le conquistó otros nombres más ajustados a la verdad: el "Rey Felón" y "El Ingrato". Hombre que mintió la fe jurada y para quien no hubo nada que fuese sagrado, era cobarde, abyectamente cobarde, y cuando el segundo período constitucional él propició una nueva invasión francesa, la que se llamó de los "cien mil hijos de San Luis" por los reaccionarios de la época, que a sangre y fuego destruyó al liberalismo español con una ola de terror fernandino que llegó a alarmar y repugnar al propio duque de Angulema, cuya expedición le había asegurado el triunfo absolutista.

En cuanto a Cuba en particular, Fernando VII no tiene otro recuerdo que el de haber extendido a esta Isla los peores aspectos de la reacción peninsular. Fué con él que España se comprometió con Inglaterra a poner fin al tráfico de esclavos y que recibió del gobierno de Londres una crecida indemnización por declarar terminada la trata africana con Cuba, pero Fernando se quedó con el dinero recibido y siguió tolerando, alentando y participando de los beneficios de aquel deshonroso e innoble negocio. Receptor de los más finos tabacos cubanos, su refinada hipocresía y su maldad idearon la manera de engañar a las víctimas de su despotismo con

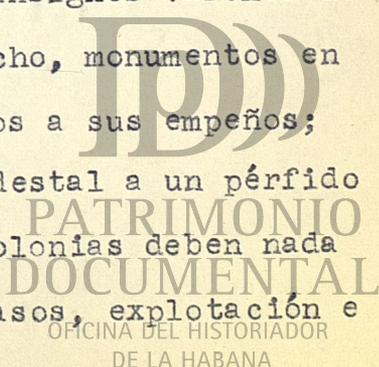
una siniestra demostración de haber caído de la gracia regia análoga a la del Sultán de Turquía, y el método empleado fué el de enviar al desdichado sobre el cual iba a descargar su venganza una caja de los mejores cigarros habanos que era sinónimo de sentencia de muerte o a cadena perpetua para quien los recibiese. La mezcla de obsequio y de muerte le hacía deleitarse. Los peores elementos de la sociedad colonial: libelistas, esbirros, reaccionarios y explotadores eran sus partidarios. Obraban a su antojo para perseguir a los cubanos liberales bajo el absolutismo, y se aprovechaban de los derechos civiles y políticos, en los periodos constitucionales, para seguir haciendo lo mismo en nombre de la libertad de imprenta y de organización. El Capitán General Francisco Dionisio Vives, máximo corruptor de las costumbres públicas y privadas en Cuba, gobernó a Cuba en tiempos de Fernando VII, y éste intervino también en la elección de aquel "baja turco en provincia armenia", que fué el general Tacón, quien vino a gobernar a Cuba poco después de muerto el monarca cuyo despotismo había defendido siempre. Bajo la satrapía de Vives se consolidó la reacción española en Cuba, típica del siglo XIX en España y sus dominios y con la cual la antigua metrópoli se precipitó en el abismo de su actual decadencia, pese a lo que digan los falangistas que odian al liberalismo. Vives, servidor de Fernando VII, no sólo destruyó las conspiraciones cubanas por la independencia, sino que también intentó, fracasando en la empresa, el llevar a cabo la reconquista de la América Hispana que acababa de libertarse. Fernando VII, en su odio a la libertad, se echó en brazos de Alejandro de Rusia para que



el autócrata moscovita, y la Santa Alianza le ayudaran a destruir la obra de Bolívar y de San Martín.

Hay ahora ciertos historiadores o de pacotilla o que hacen el juego al monarquismo y al franquismo que encubren el risible propósito de la reconquista de América, que se han dedicado a encontrar virtudes y a ocultar los vicios y los crímenes de Fernando VII y de Isabel II. Ya no es, como en los versos tan conocidos, que aquellos horrores "culpa fueron del tiempo, y no de España", sino que ahora el despotismo fernandino y todas sus atrocidades y concupiscencias, como el libertinaje y los excesos de los "espadones" y los otros favoritos de Isabel "la de los tristes destinos", son atribuibles... al liberalismo que ellos persiguieron y que anhelaba una España fuerte, digna, progresista e ilustrada.

Todo esto entra en el debate habido en el seno del Comité de Monumentos, y esa es la importancia de la victoria lograda con el acuerdo contra la estatua de Fernando VII. ¿Estatuas de españoles en Cuba? De Carlos III, del P. Bartolomé de las Casas, del Capitán General Luis de las Casas, del D. Francisco Pi y Margall, de D. Nicolás Estévez y de otros que, como ellos, ayudaron al progreso de la isla y fueron reformadores sociales y políticos, o ayudaron a las letras, las ciencias o las artes, o simpatizaron con la independencia de Cuba. Algún día esos insignes varones de la España liberal tendrán aquí, con todo derecho, monumentos en los que los cubanos reconozcamos lo que debemos a sus empeños; pero en modo alguno se debe mantener en su pedestal a un pérfido tirano a quien ni su patria ni las antiguas colonias deben nada beneficioso sino solamente persecuciones, atrasos, explotación e

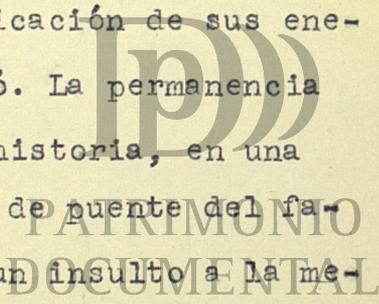


injusticias.

Cuando murió el monstruo, aplastado por los excesos y las maldades, un profesor español le dedicó una décima bien expresiva, que decía:

"Murió el rey y le enterraron
-¿De qué mal? - De apoplejía.
-¿Resucitará algún día
diciendo que le engañaron?
- Eso no, que le sacaron
las tripas y el corazón.
- Si esa bella operación
la hubieran ejecutado
antes de ser coronado
más valiera a la nación".

La Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros ha hecho bien en pronunciarse contra la permanencia de la estatua de Fernando VII en una plaza pública. El documentado informe de su Presidente, que lo es el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad, aprobado por la mayoría de los comisionados, representa la opinión de los liberales cubanos sobre el particular. Si el P. Varela y D. Tomás Gener, representantes de Cuba en las Cortes españolas, votaron en favor de la deposición de Fernando VII en 1823 y no pudieron mantenerlo alejado del gobierno porque lo apoyaron las fuerzas de la reacción, por lo menos ahora podemos expulsarlo del pedestal que indebidamente ocupa, ya que no hay razón artística ni tradicional que imponga a un pueblo la glorificación de sus enemigos y del déspota que lo tiranizó y maltrató. La permanencia de la estatua de Fernando VII, con su turbia historia, en una plaza pública de Cuba libre... ¿es una cabeza de puente del fanatismo para su propaganda de reconquista y un insulto a la me-



moria de los Conspiradores de los Soles y Rayos de Bolívar y del Aguila Negra, del Padre Varela y de los demás perseguidores del "Rey Felón"!

Bohemia, abril 25, 1943.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA